De La Rábida a Salamanca

Palmira Arnáiz Amigo

¿Lo recordáis? Salimos de La Rábida temprano. Aquella lluvia insistente, después de varios días de calor intenso, era un acontecimiento, verdadera bendición para los campos resecos.

Atrás íbamos dejando lugares inolvidables: el Monasterio de La Rábida, Moguer, Palos de la Frontera... Andalucía nos despedía con lluvia, pero en nuestras retinas seguían brillando imágenes luminosas de sus pueblos limpios, con una limpieza increíble, de sus gentes cordiales y acogedoras.

Moguer, la patria chica de Juan Ramón Jiménez, el «andaluz universal», la Casa Museo, donde cada objeto evoca la vida y la obra del gran poeta, el patio con el recuerdo emocionado de Platero, el cementerio, donde en sencillo y austero sepulcro reposan para siempre Zenobia y Juan Ramón... Palos de la Frontera, cuna de la Hispanidad con el recuerdo evocador de aquel día de 1492 zarpando las tres carabelas rumbo a lo desconocido, guiadas por Colón y marinos tan expertos como los hermanos Pinzón...

El itinerario, escueto en su laconismo: La Rábida, Mérida, Cáceres, Plasencia y Salamanca se alteraría, felizmente. ¿Cómo no visitar las ruinas de Itálica? Y con la venia de Antonio, el estupendo chófer que nos cayó en suerte, hicimos un alto en el camino, pudiendo contemplar sus «luengas calles destruidas...», sus «mármoles y arcos destrozados...». La que en tiempos lejanos fue, no sólo floreciente ciudad, sino también cuna de emperadores romanos como Trajano y Adriano, conserva restos de su antiguo esplendor: el anfiteatro, los bellísimos mosaicos («Nacimiento de Venus», «Neptuno», «Los pájaros») son lección perenne de un arte insuperable, difícil de igualar.

La comida la hicimos antes de entrar en Mérida y creo que todos probamos la caldereta, un plato sabroso y fuerte recomendado por el profesor M. Muñoz Cortés, un buen conocedor de su patria chica, Extremadura.

Mérida nos recibe con la imponente majestad de sus Anfiteatro y Teatro romanos. No sabemos qué admirar más: si la solidez y belleza de las construcciones, o la acústica perfecta del teatro. Con esas imágenes imponentes dejamos Mérida, pensando que algún día podamos asistir a las representaciones de «Medea», «Edipo» u otras tragedias del teatro clásico griego que anualmente se representan en su teatro.

Nos vamos acercando a Cáceres. El camino se hace más corto oyendo las atinadas descripciones que el incansable profesor Muñóz Cortés va desgranando sobre la historia y la geografía, la flora y la fauna de esta región, con un pasado tan repleto de acontecimientos.

La visita a Cáceres y Plasencia se complementa, acertadamente, con la visita al pueblecito de Hervás, situado al norte de la provincia de Cáceres, junto a la vieja

Ruta de la Plata de los romanos. Hervás, con su arquitectura original: la combinación de saledizos en la planta principal de sus viejas casas, y volados aleros, construidos con adobes de tierra y entramados con maderas de castaño tan abundante en esta región, ofrece un espectáculo pintoresco. La sensación de hallarnos en siglos pasados se refuerza por sus callejas de la judería, donde las casas pequeñas, escondidas, presentan como elemento decorativo, en sus fachadas, la teja cóncava o convexa que a veces está encalada con impoluta blancura.

Durante todo el recorrido imperó un ambiente de alegría y la iniciativa juvenil se expresó en los «exámenes psicológicos» del profesor italiano y en aquella canción, de ambiente extremeño, música y letra de las profesoras valencianas y cuya interpretación agradecimos con un aplauso unánime.

La llegada a Salamanca, la *dorada,* puso fin a un viaje tan hermoso y agradable, donde la cordialidad y amistad fueron sus notas predominantes.

Centro Virtual Cervantes